

Ahora bien, Swinde-bald el *golo*, ya nuestros lectores lo habrán comprendido, no era otro que Astaroth el diablo.

Riquilda cumplió su promesa. Presentóse á su padre, le dijo que habia dispuesto hacer nueve dias de penitencia por una leve falta y pecado en que habia caido, y que para ser mas dura y mas bien acogida de Dios la espiacion, queria hacerla en el desierto de las peñas de Monserrate, donde no tuviera mas compañía que la de un santo y penitente varon que en ellas moraba dispuesto á ausiliar con sus severos consejos á cualquier arrepentido pecador.

Nada mas comun en aquellos siglos que un voto semejante. No era Riquilda la primera jóven que iba á entregarse por espacio de nueve dias, en lo recóndito de un monte desierto, al consuelo de la penitencia y de la oracion.

Sin embargo, Wifredo hizo cuanto pudo para disuadir á su hija, pero viéndola resuelta á no ceder, determinó él mismo acompañarla y esperar en un pueblo inmediato el término del plazo que se habia fijado la jóven para cumplir su religioso voto.

El conde, pues, partió á los tres dias para Monserrate escoltando á Riquilda y seguida de una corta comitiva.

IV.

LA DONCELLA DEGOLLADA.

El conde y su hija llegaron al pié de la montaña de Monserrate.

Por última vez procuró Wifredo disuadirla, pero Riquilda que acababa de ver de pié encima de una peña al jóven cazador de los cabellos de oro, empujó su caballo hácia adelante sin haber oido siquiera las palabras que su padre acababa de pronunciar.

Ambos empezaron entonces á trepar la caprichosa montaña, el padre con la tristeza en el alma, la hija con la felicidad en el corazon.

Aun vió otra vez la doncella á Swinde-bald en lo mas elevado de un grupo de peñas y de pié junto á la boca de una cueva. Hacíala señas, mirábala con ternura y el rayo magnético de su mirada, atravesando el espacio, iba á clavarse como un dardo en el corazon de la fascinada jóven.

La comitiva de Wifredo, despues de haber vencido obstáculos que parecian insuperables, llegó á la cueva, pero á su puerta solo vió Riquilda un penitente vestido con burdo sayal que habíase asomado curioso y asombrado al oir por primera vez resonar voces humanas y relinchos de caballo en la montaña.

Era Juan Garin.

Esplicóle Wifredo el objeto que allí les traia y como sabedor de la reputacion y fama de santidad del huésped de Monserrate, no vacilaba en confiarle por nueve dias su hija para que la guiara con sus sanos consejos por el camino de penitencia que á sí misma se impusiera.

Todos los ruegos del conde y todas las súplicas de la doncella fueron precisas para que el solitario varon consintiera en guardar á su lado á la jóven hija de los condes.

Accedió por fin, Riquilda se quedó, y bajóse Wifredo al pueblo de Monistrol á esperar el término del plazo para de nuevo abrir sus brazos á su hija, purificada por la oracion y la penitencia, y regrésar con ella á su palacio condal.

Astaroth habia ya cumplido con su mision; tocábale el turno á Satanás.

Este durante aquel tiempo se habia hecho muy amigo de Garin, que creia un santo varon á su compañero de penitencia y con el cual hablaba y consultaba todos los dias al caer la tarde.

El primer dia de la estancia de la jóven en su cueva pasólo entero entregado á prácticas religiosas, pero al llegar la noche sintióse Garin desfallecido y turbado, no acertaba á hallar las palabras de su cotidiano rezo y dos veces interrumpió su *Ave María* para volver la cabeza en busca de la doncella que, acurrucada en un rincon, tenia fijos los ojos en un punto de la cueva, cual si viera un objeto embelesador, invisible á otra cualquier mirada que la suya.

Garin sintió como un vago remordimiento de haber accedido á la voluntad del conde. Conoció que la presencia de la doncella era la que le turbaba, la que le impedia entregarse por entero á sus santas oraciones.

Así es que al lucir el alba del siguiente día, Juan Garin acudió presuroso en busca del ermitaño su compañero, al que manifestó su situación y su deseo de abandonar la cueva.

Satanás le contestó que acaso era aquello una dura prueba á la que el Señor le sometía; y que era preciso luchar con esfuerzo para ser luego mas señalada la victoria.

Pobre Juan Garin!

Quiso luchar, hizo aun todos los esfuerzos para luchar, segun le aconsejara el ermitaño su compañero, pero al cuarto dia tenia ya completamente olvidada hasta la palabra última de su rezo, y cada vez que de hinojos en el duro suelo se golpeaba el pecho y abria sus labios para pronunciar *Virgen María*, solo acertaba á balbucear el nombre de Riquilda.

Viendo Astaroth y Satanás que el anacoreta salia al encuentro de sus ideas, decidieron terminar su misión.

Llegó la noche del quinto dia; la mas horrible tempestad se habia desencadenado en el monte, este se habia confundido con el espacio. Todo eran sombras. Las olas de la niebla rodaban en aquel mar de oscuridad, y solo el rayo, que brotaba de allí mismo como una culebra de fuego saliendo de su guarida, lograba disipar algun tanto las tinieblas para prestar quizá mas salvaje colorido de horror al paisaje. El trueno retumbaba como retumba el trueno en Monserrate, con el estrépito del mundo que se desploma. El agua caia á torrentes.

Riquilda, trémula de espanto, se habia acercado al solitario, y cojida á su sayo con toda la puerilidad del miedo y con todo el abandono de la inocencia, hacia estremecer con su contacto al pobre penitente en cuyo corazon luchaba mas furiosa y embravecida tempestad que en el espacio.

Un trueno mas sonoro y terrible que los anteriores dejando oír repentinamente su monstruosa voz, hizo exhalar á la jóven un grito supremo de espanto, y sus brazos de paloma, convulsos por el miedo, se enroscaron al redor del cuerpo del santo varon.

Juan Garin estendió sus trémulas manos y buscó su rosario entre los pliegues de su sayal pero, ay! el rosario no colgaba de su cintura, la tempestad rugía en su alma, y la oracion huía de sus labios como huye el pájaro del fúnebre ciprés.

Sintió arder su corazon como si en él hubiera caido el rayo, sintióse sumergido en una admósfera de fuego, sintió rugir mas desencadenada la tempestad, y sintió estremecimientos de hielo recorrer sus miembros cada vez

que las ráfagas de viento que se precipitaban en la cueva sonaban á sus oídos como ecos de diabólicas carcajadas.

Pobre Juan Garin! Dios parecia haberle abandonado y la doncella tenia miedo, tenia miedo y no estaba allí el bello cazador de los cabellos de oro!...

Uno de los nuevos rayos que alumbró el espacio iluminó á Juan Garin, que, fuera de sí, perdido, loco, trepaba por la montaña abriéndose paso entre los torrentes de agua que parecian brotar de cada peña. Se encaminaba á la ermita del otro anacoreta, y, cosa estraña! al pasar por delante de la campana del milagro, esta no se tañó por sí sola como otras veces solia para saludar al penitente.

Juan Garin no hacia caso de nada; ni de la campana que se callaba, ni del agua que inundaba su cuerpo, ni de los torrentes que vadeaba, ni de todas aquellas peñas que la luz del rayo hacia surgir de las tinieblas como grupos de amenazadores y proféticos fantasmas.

Al llegar al término de su viaje, Juan Garin se precipitó en la cueva y sacudió por el brazo al ermitaño que pacíficamente dormia.

—Hermano! gritó con voz sombría.

El anacoreta se incorporó asombrado.

—Hermano! repitió Garin con una voz sorda y fúnebre como el eco de un panteon, — la noche es horrible, el trueno retumba en el espacio, la tempestad ruge en mi alma, las peñas se desploman arrastradas por los torrentes y en mi cueva hay una doncella violada.

El anacoreta se irguió cuan alto era.

—Oh! no lanceis el anatema sobre mi frente de réprobo, hermano, gritó Juan Garin cayendo de rodillas y humillando la cabeza. Ya me lo ha lanzado por vos la tempestad. Vengo á demandaros un consejo. Qué debo hacer?... Debo dejarme arrastrar como una peña por esos derrumbaderos? debo presentarme al rayo para que me aniquile al pasar? debo tapiar mi cueva y encerrarme en ella para que muera de sed y de hambre?

—Hermano,—dijo el anacoreta,—el verdadero crimen es el escándalo, y el crimen de los crímenes el suicidio. La boca debe ser la cárcel de la lengua como es la tumba el arca del secreto.

Juan Garin se hizo hácia atrás aterrado como si hubiera oido el silvido de una serpiente.

—Hermano,—prosiguió el ermitaño:—un sepulcro abierto borra un crimen como una gota de agua una mancha de sangre.

Y el anacoreta sacando una especie de cuchillo corvo de un rincon, se lo alargó á Garin diciéndole:

—Id, hermano; es preciso que el sol de mañana os halle entregado á la cotidiana oracion. El hoyo que se abra esta noche en la tierra desaparecerá con la tempestad, y cuando luzca el alba ni vos mismo sabreis el lugar que encierra vuestro crimen.

Juan Garin estaba loco. Empuñó el cuchillo y se precipitó por las rocas en direccion á su cueva.

A un tiro de ballesta habia una plataforma, en esta plataforma un árbol, al pié de este árbol Juan Garin abrió un hoyo entre el furor de los elementos y sin hacer caso del agua que azotaba su rostro como no lo hacia del trueno que hacia temblar en su base la montaña.

En seguida fué á su cueva en cuyo suelo estaba tendida Riquilda inmóvil y yerta, y el mismo cuchillo que le sirviera para abrir el hoyo le sirvió para degollar á la víctima.

Poco despues, acababa Garin de arrojar el último puñado de tierra sobre el sitio donde debia dormir Riquilda su eterno sueño, cuando una carcajada estridente, sarcástica, infernal, le hizo estremecer y volverse.

A dos pasos de Juan Garin se hallaban de pié un ermitaño y un guerrero. Eran los que habian arrojado la carcajada.

Juan Garin vió sus rostros de demonios á la luz fatídica del rayo, vió la sonrisa mas infernal vagar en sus labios, viólos adelantarse hácia él batiendo las palmas, y cayó desplomado y yerto sobre la última capa de tierra con que de cerrar acababa el sepulcro de su víctima.

Pobre Juan Garin!

Al recobrar el anacoreta sus sentidos, el sol doraba las coquetas cimas del monte, la yerba se erguia poco á poco, los árboles presentaban risueños sus copas á las caricias del astro matutino, las gotas de agua se desprendian de todas partes como peregrinos diamantes, y las rocas, húmedas aun, dejaban que reluciera al sol su abrigada armadura de escamas.

Apenas quedaban restos de la tempestad pasada como no fuera en el corazón del anacoreta á quien no le era fácil por cierto olvidar su noche de orjía tan hábilmente preparada por los demonios.

Hízose cargo Juan Garin de lo que habia perdido á los ojos del Señor, y entonces impulsado por un verdadero arrepentimiento, tomó repentinamente, dice la crónica, una resolucion: la de ir á Roma.

Y fué.

La de arrojarle á los piés del Padre Santo.

Y se arrojó.

La de confesárselo todo.

Y se lo confesó.

La de pedirle perdon.

Y á esto le dijo el Soberano Pontífice, que hombre que tal crimen habia cometido no merecia mirar al cielo. Por lo mismo le impuso la penitencia de tornar á su cueva andando de cuatro piés, de guardar eterno silencio, de alimentarse solo de yerbas, y de vivir así hasta que un niño de cinco meses le dirigiese la palabra diciéndole que Dios le habia perdonado.

Rara espacion y rara esperanza!

Era el de Juan Garin el siglo de la fé. El penitente que habia entrado en Roma como un hombre, salió andando de cuatro piés como un bruto, y así tomó el camino de su montaña.

En el interin descubrióse la imagen de la Virgen segun hemos contado, y construyóse la modesta capilla.

«Con el tiempo, camino y encontrar con matas, zarzales, garrigales y abrojos, dice Pujades el cronista, rasgados los vestidos, descubiertas sus carnes, le puso el rigor del frio en invierno, y el calor del sol en estío, como á un etíope: las húmedas influencias de la luna, el inevitable sereno, y los menuditos rocíos de las mañanas, con la poca comida y peor bebida, le «secaron las carnes é hicieron crecer el vello con tan largas guedejas, que «no parecia otra cosa que un salvaje.»

Con este retrato que del penitente Juan Garin hace Pujades, no hay duda que debia parecer como un monstruo á los ojos de los cazadores que un dia le descubrieron acompañando al conde Wifredo á caza del javalí por la montaña de Monserrate.

Wifredo, aun cuando habian pasado muchos años, estaba inconsolable por la pérdida de su hija, tan estrañamente desaparecida, junto con el penitente de la montaña, y acostumbraba desde entonces á cazar por las cercanías y por el mismo Monserrate, no solo para hallar un olvido, sino para descubrir alguna huella que pudiera motivarle la incomprendible desaparición de su Riquilda.

En una de estas cacerías fué cuando dieron con el monstruo al que, viéndole manso, le ataron una cuerda al cuello y se lo trajeron al palacio condal de Wifredo, situado en la que es hoy Riera de San Juan, esquina á la calle de las Magdalenas. Allí le tuvieron espuesto debajo de una escalera á la admiracion y asombro de todo el pueblo.

Un dia que el conde daba un festin en su palacio, pidiéronle sus convi-

dados que hiciera subir á la estraña fiera. Accedió Wifredo á la súplica, y Juan Garin entró en la sala. Pero he ahí que al ver acercarse aquel estraño monstruo, empezó á agitarse un niño de cinco meses, hijo de Wifredo que tenia en sus brazos la condesa, y rompiendo el silencio, exclamó entre el asombro general:

— Levántate, levántate Juan Garin, porque Dios te ha perdonado.

El asombro creció de punto cuando vieron todos á la fiera que se levantaba. El monstruo volvía á ser hombre.

Garin se arrojó á los piés del conde y le contó su historia, pidiéndole un perdon que Wifredo no podia negarle, pues en nombre de Dios le habia ya perdonado un niño de tan tierna edad. Quiso solo saber donde estaba enterrada su hija para trasladar sus restos á Barcelona y ofrecióse á guiarle Juan Garin.

Partieron al dia siguiente seguidos de gran número de caballeros y de gran multitud de puebló, y llegaron al sitio donde se elevaba la capilla levantada por los fieles á la Virgen recientemente hallada en la montaña.

Junto al modesto edificio estaba el lugar de la sepultura de Riquilda; descubrieron el hoyo y, justicia de Dios! la hija del conde apareció viva á los ojos de la multitud. Solo en su garganta se veia la señal del cuchillo de Garin en forma de un hilo de seda encarnada.

Tal es el desenlace de la rara y original tradicion, verdadera poesía de aquella época, que el padre Argaiç en su *historia de Monserrate* no vacila en llamar *espiritual y corporal tragicomedia*.

En memoria de este hecho Wifredo llamó Miron á su hijo de cinco meses, y fundó un monasterio en el sitio donde habia sido enterrada la doncella y hallada viva despues de ocho años.

Esta es la dramática leyenda á la que debe vida el actual monasterio de Monserrate, esta la balada de la doncella degollada que cantan aun las jóvenes montañesas al regresar, á la caída de una dulce tarde de mayo, de sus campestres faenas.

Y ahora, decidme si no es curiosa historia y romántica leyenda la del buen Juan Garin.

El Rhin con sus risueñas orillas y grupos de cañaverales cada uno de los que es el palacio de una ondina; la Noruega con sus portentosas y sombrías tradiciones, negras como las alas de sus cuervos; la Bretaña con sus lavanderas nocturnas; la Irlanda con sus peregrinas y misteriosas historias; la Francia con sus cuentos feudales; la Escocia con sus mugeres verdes y sus bandadas de ocas salvajes producidas, segun creencia del siglo XVI; por

los frutos de ciertos árboles que no tienen mas que caer en el mar para enjendrar sus acuáticas aves; el Rhin, la Noruega, la Bretaña, la Irlanda, la Francia, la Escocia, repito, no tienen otra que aventaje en lo interesante y dramática á la balada del monte catalan.

Es para todo cristiano una gran tradicion y para todo poeta un gran drama el que dió vida al actual monasterio de Monserrate.

V.

ESPLENDOR Y RIQUEZA.

Ya lo hemos dicho, Wifredo, ese gran constructor de tēplos, vió levantarse por sus cuidados un magnífico edificio entre las peñas de Monserrate, y con el gigantesco oratorio que regaló á la Virgen de la montaña, perpetuó la memoria del sitio en que se halló con vida á la doncella degollada.

Asomaba ya el monasterio su frente de piedra por entre las almenas piramidales de las peñas, cuando Wifredo, que ha sido nuestro conde-poeta, pensó que la Virgen necesitaba vírgenes para servirla, y allí trasladó las monjas Benitas de San Pedro de las Puellas, otro monasterio que habia fundado en Barcelona Ludovico Pio.

Riquilda, la doncella degollada, la cándida amante del doncel de los cabellos de oro, se presentó allí por esposa al Señor, y fué la primera abadesa que tuvieron las vírgenes de Monserrate.

Luego de la fundacion del monasterio á la que contribuyó con sus propias manos, segun la crónica, Juan Garin, huyó este á esconderse en un remoto asilo de la montaña, en una cueva ignorada donde piadosamente terminó